

La Habana, junio 8, 1947.

Queridos amigos Alicia y Pedro:
No sé cómo darles a los dos las gracias. A ti, Pedro, por tu incesante gentileza hacia nosotros. Es verdad que tú eres la delicadeza misma, la atención inteligente y delicada. Y Ud, Alicia, desde el estreno del ballet heví escrito, esa misma noche, pero estaba demasiado emocionada para poder dar forma clara a las ideas que quería comunicarle. En general, pienso que a todo el público pasó algo semejante: hubo una especie de "suspension" - esa que produce el gran arte. La reacción, aunque calurosiísima, no fue tan inmediata como otras veces, cuando Ud. recorre el escenario en giro de una difícil gracia inigualable. Entonces, a la admiración por su maestría corporal y su inapreciable hechizo, se une ese brío alegre que comunica al público haber sido espectador de algo impuro: la comunicación se establece enseguida, el movimiento parece comunicarse y estallar en aplausos entusiastas. La tarde de Scriabin fue otra cosa: la emoción fue otra, tardó un instante, que el público necesitó para no romper tan pronto el hechizo, - aunque luego estalla se, delirante, como siempre. Sin duda, la índole misma de la música pedía esa emoción pensativa, intensísima. De ahí la impresión de haber penetrado hasta el fondo mismo



2
en que la danza surge y se improvisa. Yo, al menos, no
podía ni quería discernir los "pasos": todo era como un
"continuo" sin figuras, un "impromptu" inspiradísimo. ¿Sabían
Uds. que Scriabin es uno de mis músicos preferidos? Su roman-
tismo ^{"natural"} es acaso más "retenido" que el de Chopin y más cerca de
nuestro tiempo, tiene algo más que ese raro encanto del ro-
manatismo ruso - torbellino en medio de la nieve -, volcado
a la acción más que a la fantasía, todo raptó y sentimiento.
Ud., Abcia, es tan extraordinaria en el ballet por su mente
"clásica" como en este que roza ya la danza moderna,
dándole un fondo de rigor tan bello a su libertad ex-
presiva. ¡Qué sorpresa, qué interesante creación la
de una artista verdadera! Yo la miraba bailar, Abcia, y
pensaba que a pesar de haber escrito algunas páginas sobre
Ud. no he logrado apreciar de verdad en qué consiste
lo que la hace a Ud. distinta a todas las bailarinas que
conozco. Me da la cuenta que la dificultad no estaba
en mi desconocimiento de la "técnica" del ballet - sin
duda, esa también la dominan todas las grandes baila-
rinas, sino en que Ud. alcanza una diferencia que no es
de "grado" sino de "esencia". Ud. es, sencilla-
mente, otra cosa, como el resplandor que hay en una
flama no es de un naranja más sobido que el que
pueda tener una fruta o una tela, sino "otra" naranja,



que procedo de otra fuente de más lúcido y misterioso origen. La pregunta del crítico de Charleston - que tiene un "de" diferente a los otros bailarines, "todos estrellas", y como sin permitirse nada "particularmente espectacular" da la medida de lo extraordinario - creo que obedece al mismo género de estupor de que lo hablo. Me acompañaba, la tarde del estreno, una amiga poética, Vera Solis, y me dijo cosas muy bellas de la danza y de su danza, que siento no recordar fielmente. Es, me dijo, como si ella quisiera bailar lo que se evapora, un perfume que se está desvaneciendo, como si entre todos los reinos posibles de la danza, ella escogiese la que está en el momento de nacer e inventarse. No sé si era esto exactamente. Como decía Varela, la idea más exacta es la que no se puede definir.

De veras ha sido honor muy grande que un poema mío haya podido sugerir tan bella coreografía. Me río de lo que la ví en él, por indicación de Vds., como a un pintor lo que mira sugiere un cuadro y a un músico una música. Creo que la música de Scriabin es de un elevado romanticismo del que carece mi poema, pero el ojo de un artista todo lo puede transfigurar. Gracias a él, y a Vds., que nos recordan esa hermosa fraternidad de las artes, las elevadas y las humildes, gracia es reconcomiéndolo.

Es siempre su deudora y amiga
 Fina García Marruz.

